

# La boca carmesí

Daiana de Lucca



# Capítulo 1

## La Boca Carmesí

Mi verdugo fue el amor, tan largamente deseado. Lo fue, aunque mis actos no fueron ni inconscientes ni premeditados.

Mi obsesión comenzó hace unos seis meses, cuando una tarde de verano ingresé a la mansión que me pertenecía a mí y a mi familia. Buscando a mi madre para comunicarle un recado de un antiguo conocido, abrí las puertas del salón de té, y la hallé allí sentada entre un grupo reducido de mujeres de edades y matices variados.

¿Por qué será que un hombre no puede resistirse a escudriñar a cuanta señorita se le aparezca, aunque no tenga intenciones de formalizar algo con ella? No tengo una respuesta para esa pregunta, pero sí puedo asegurar que tuve la tendencia a observar a las damas presentes esa jornada como si fuese lo más natural. Desde hacía años mi familia había tratado de emparejarme porque una extraña maldición estaba cayendo sobre mis parientes hombres en esa época, y por consiguiente podía precipitarse sobre mí en cualquier momento y situación. Era muy probable que yo siguiera el patrón: fallecería joven, cerca de los veinte años..., y yo iba a alcanzar esa edad en un tiempo muy corto. Debido al miedo generalizado de mis parientes, bastante justificado por cierto, se esperaba que contrajera matrimonio antes de que la muerte me llevara, para que dejara descendencia y así perpetuara mis buenas condiciones y atributos físicos. Porque, al parecer, mis familiares habían dejado hijos débiles de cuerpo y aún más endebles de espíritu. Yo, con mi encanto inusual, tan masculino, y mi figura alta y elegante, según decían, era un ejemplar muy alentador que se había convertido en una gran esperanza: la copia de mi padre, que había pasado a mejor vida un par de años atrás, en condiciones naturales, como una excepción a tal odiada maldición.

Desde hacía unos nueve meses, mi madre me había presentado a cada una de las que podían llegar a ser mis futuras esposas: todas ellas hijas de hogares de buena posición social y económica que estaban interesadas tanto en lo que yo tenía para ofrecer como hombre como en lo que el nombre de mi familia representaba. Esas mujeres se esforzaban en agradarme; pero, incluso respecto de las más bellas, yo no podía sentir más que una simple amistad.

Por eso mi madre pasaba horas enteras hablándome cuando me encontraba vagando por la mansión sin tener nada que hacer. Le encantaba sermonearme y decirme que nuestra sangre debía seguir

existiendo, como si fuéramos una dinastía o algo parecido. Nada más lejos de la realidad, según mi punto de vista. Éramos importantes, sí, pero no tanto. En cualquier caso, ella me repetía incansablemente que al fin y al cabo debía aceptar un compromiso sin que importara quién fuera mi prometida, todo por el bien de mi familia. Yo siempre me había resistido a la idea. Quería averiguar lo que significaba el querer por mi propia cuenta, sin presiones y sin que otros decidieran por mí. Cada día me había negado a hacer lo que se me pedía en el plano amoroso; y poco a poco, así había logrado que mi madre dejara de insistir tan obsesivamente con el tema de mi casamiento. Sin embargo, cuanto menos intentaba convencerme, más evidente resultaba en su mirada que continuaba albergando la esperanza de que antes de la edad crítica yo conociera a alguna muchacha; esto me lo demostraba la continuación de su vieja costumbre de traer mujeres escogidas por ella misma a la casa para presentármelas, como si fuese una mera casualidad. Claro que su estrategia, si bien se había vuelto sutil para no espantarme, no estaba dando resultado: cuando yo me marchaba con un saludo gentil y cortante ante cualquier introducción a una señorita en los pasillos de la mansión, le demostraba a mi madre con mis acciones, y no con mis palabras, que no iba a lograr su cometido.

Aquel día de hace seis meses al que he hecho referencia en un principio fue el que finalmente me regaló el instante mágico, embriagador, en que *la conocí*. Y es que yo abrí las grandes puertas del salón de té y entre aquellos ejemplares femeninos desconocidos hallé un rostro que me resultó familiar, más familiar que el de las personas con las que había convivido toda mi vida. Mi corazón latió rápido y mis músculos se contrajeron, al tiempo que un extraño sentimiento nuevo se iba apoderando de mi ser.

Al notar que yo no dejaba de observar a la invitada sentada en la silla de cedro, y que esto había provocado un silencio por parte de las demás invitadas, mi madre habló con tono seco y me presentó a la bella dama que había captado mi atención. El inesperado objeto de mi afecto ni siquiera se removió en su lugar cuando yo me incliné para saludarla de una manera exagerada, besándole la mano enguantada. Las palmas me sudaban al contacto, y la vergüenza me inundaba ante los testigos. La muchacha, que se llamaba Julia, no me dirigió ni una simple palabra cortés; es más, por extraño que fuera, ni siquiera pareció reparar en mí. Quizás mi estado de conmoción era un espectáculo penoso, porque en el momento en el que la estaba admirando por primera vez, yo divagaba, perdiéndome en la imagen de su vestido plisado y angelical, y su piel blanca como el mármol, transparente como el cristal. Su nariz respingada, sus pómulos pronunciados. Su cuello divinamente frágil y su barbilla redondeada y suave.

Aunque más allá de aquel marco de sensualidad, había algo que me hacía estremecer más que todo lo demás: sus labios, que eran una oda al color

rojo, se desplegaban, carnosos, sobre la pureza de su cara.

Día tras día observé esa boca, añorando y deseando a su dueña como tantos otros hombres debían hacerlo. Mi madre comenzó a invitarla seguido al té y a los almuerzos; creía que al fin había encontrado la candidata perfecta para mí, pero no sabía que yo tenía una importante competencia. Mis contrincantes (mayormente amigos, primos y tíos míos) buscaban interrumpir el camino que yo ya consideraba ganado, sin haber recibido siquiera una señal de correspondencia. Todos ellos le enviaban regalos a mi amada, e incluso llegaban a perseguirla como maníacos, como hombres hechos bestias salvajes, sin control sobre sus actos.

Debido a uno de estos ataques, en el que un prestigioso hombre de negocios de la ciudad se metió en el cuarto de Julia para oler sus prendas perfumadas en medio de la noche, mi madre le ofreció que se quedara en la mansión que nos pertenecía. La intensidad de mi dicha no había podido ser provocada jamás por ningún hecho similar. Mi hermosa muñeca estaba ahí, sentada a la mesa, compartiendo los espacios y el aire, y hasta cuando no se hallaba cerca, parecía que su aroma delicado impregnaba todo.

Al principio, ella no me hablaba. Se limitaba a pasear y a comer y beber cuando era la hora. y después, pasaba el resto del tiempo en su habitación. Yo la quería, pero ya estaba empezando a creer que jamás se interesaría en mí. Fue entonces cuando me llevé una sorpresa. Fue en un despertar perturbado, en el cual mis pesadillas seguían poblando mi mente. Abrí los ojos y percibí que alguien estaba en mi cuarto y se había reclinado sobre mi cama. Me giré apenas y vi que era Julia la que estaba allí, observándome casi en éxtasis y devoción con una mirada pasional. Sin embargo, sólo la observé a los ojos por un instante: el principal elemento del conjunto de su cuerpo, que me absorbía y arrastraba a la decadencia, era el color endiablado de sus labios... Ellos me susurraban, aún sin hablar, *que mi corazón les pertenecería...* En un impulso que no pude resistir, intenté besarlos, pero para cuando me acerqué lo suficiente, mi amada ya se había esfumado de la habitación.

Me levanté de un salto y mientras me estaba vistiendo lo más rápidamente que podía, alguien me llamó por mi nombre. Salí pensando que se trataría de Julia, que regresaba para enfrentarme y declararme que me amaba, pero me encontré con una de las sirvientas de la mansión; venía a informarme que había ocurrido una tragedia.

Bajé corriendo las escaleras, creyendo que algo le había pasado a la mujer que hacía instantes iba a besarme. Escuché murmullos que provenían de la cocina, y allí hallé a mi familia en ropa de cama y al resto de la servidumbre con la mirada fija en un punto detrás de la mesa cubierta por un fino mantel. Me asomé y vi que, inclinado sobre un cuerpo tirado en el suelo, estaba un médico. Mi madre se adelantó y me contó que el que era

revisado era mi primo Alfred, que por esos días estaba de visita, y que había muerto.

No supe qué pensar. ¿Cómo habría sucedido tal cosa? Alfred no era uno de mis parientes favoritos porque venía a vernos con la intención de conquistar a Julia por todos los medios posibles, pero tampoco lo odiaba tanto como para desearle un final así. Según el médico, había cometido suicidio: había ingerido una sobredosis de hierbas calmantes, cuyo frasco había sido hallado tirado en el suelo, vacío, cerca de su mano.

Pasaron los días, y el viento y el regreso de la monotonía se llevó el recuerdo irrelevante de mi primo. Pero no faltarían nuevos incidentes que fueran a perturbar la calma nuevamente adquirida.

Otra muerte sacudió nuestras vidas. Mi amigo John fue encontrado sin vida en la habitación de Julia. Aparentemente, había intentado forzarla a entregársele durante la noche, y cuando ella había podido hacerle entender que no iba a hacerlo, él había corrido a la cocina para tomar un cuchillo y regresar al cuarto para clavárselo a sí mismo allí, justo frente a la mujer que no había podido tener. Suicidio otra vez; todas las tragedias del amor parecían ser provocadas por Julia. Pero esta vez había algo peculiar en la escena. John se había clavado el cuchillo justo en el corazón. Se había hecho allí una incisión profunda, de modo que mucha sangre había brotado de la herida hasta matarlo al fin. El líquido rojo fluía todavía por la alfombra del cuarto cuando a la madrugada Julia gritó y avisó a todos lo que había pasado.

Esta vez un velorio casi teatral tuvo lugar. Porque John era bien parecido y tenía bastante dinero, sólo por eso, John fue enterrado dignamente, junto a sus predecesores. Y las autoridades recibieron noticias, por parte de una sirvienta que tenía mucho miedo, de que Julia estaba envuelta en las dos últimas extrañas muertes que habían ocurrido en la mansión.

Por eso, mi amada comenzó a ser víctima de acusaciones de la gente común. Yo sabía que eran mentiras: seguramente envidiaban su belleza y sus labios carnosos e irresistibles. Nada podía señalar que ella había tenido algo que ver con alguna clase de crimen, porque en realidad no había ninguno, se había tratado de suicidio en ambos casos. Pero sólo mi madre y yo pensábamos así. Los rumores crecían y crecían en las afueras, y acabaron por hacer que los sirvientes que teníamos renunciaran y que aquellos a los que les solicitábamos sus servicios se negaran a trabajar en nuestra casa. Así, terminamos los tres solos en la mansión: mi madre, Julia y yo. Nos arreglábamos por nuestra cuenta: nos preparábamos las comidas, tendíamos las camas, arreglábamos los cuadros hasta dejarlos paralelos a la línea del techo. Cada vez tenía una mayor intimidad con mi querida: después de todo, ella sólo tenía dos personas con las que hablar

que no la consideraran una especie de asesina.

Una tarde, mientras intentaba leer una novela de aventuras pero no lo conseguía porque ella estaba parada frente a mí mirando por la ventana, abrió su boca bellísima y me dijo que ese día su familia le había enviado una carta con un mensajero particular. Solicitaba que ella y quienes la habían apoyado a pesar de las habladurías visitaran su mansión en el centro de la ciudad y les hicieran el honor de compartir una cena.

Mi madre y yo aceptamos de inmediato: si todo iba bien, Julia y yo formalizaríamos y se habría logrado que la sangre de la familia se perpetuara en las formas más fuertes. Nos vestimos con nuestros mejores trajes y vestidos y nos colocamos los más costosos perfumes que poseíamos. Llegamos a una mansión de fachada hermosísima, y de mucha clase. Si bien el nombre de la familia de Julia no era tan importante como el mío, era sinónimo de una fortuna considerable.

Aventurándome a la vida feliz que esperaba tener al lado de mi amada, cené en compañía de su madre, sus primas y tías. Y aunque no podía dejar de mirarla a ella, porque era lo único que le daba sentido a mi vida, noté que en la mesa, perfectamente decorada, había manjares de todo tipo y procedencia, de la más variada gama de colores. No sé por qué, pero en un momento alcé la mirada del rostro perfecto de Julia y admiré las paredes que me rodeaban: en derredor había sólo retratos colgados, todos de rostros de mujeres extravagantes y glamorosas, como mi bella criatura. Según me enteré aquella noche en el transcurso de la conversación, los cuadros reflejaban los antepasados de la familia. No pude evitar notar que no había un solo lienzo en el que no resaltara un par de hermosos y provocativos labios rojos, idénticos a los de mi adorada mujer.

Así, entre anécdotas de cuentos, una atmósfera fantasmagórica y la presencia de la hermosura, la velada fue llegando a su fin. Antes de despedirnos, mi madre aprovechó la ocasión para intentar emparejarme de una vez por todas, dado que yo no parecía resuelto a dar el primero paso. De hecho esto era cierto, porque tanto me tenía consumido esa boca roja deliciosa, que apenas podía reaccionar aunque la deseara más que a cualquier otra cosa. Propuso que Julia y yo diéramos un paseo por los diferentes recintos de la mansión, ya que éramos los más jóvenes y seguramente querríamos despedirnos en soledad antes de separarnos. Por supuesto que le hizo un gesto lo suficientemente apropiado a la madre de Julia como para que notara que en realidad nos estaba dando tiempo para confesarnos nuestros sentimientos. Acepté embriagado de emoción la idea de mi madre, Ilusionado por estar a solas con la señorita que me había robado el alma, me encaminé hacia el pasillo más próximo, acompañado por ella.

El trayecto fue corto y acabó en el cuarto que Julia poseía en la mansión de su familia. Fantástica, me miró antes de entrar. Yo me interné en la habitación sin esperar nada. Vi a mi querida seguirme y entrecerrar la puerta, para ir a revolver su tocador y extraer de un cajón una botella de vino. Me ofreció una copa, y yo, prácticamente ciego en la penumbra envolvente y en el aroma de su presencia, acepté. Tomé sólo un sorbo. "El beber es para los hombres, las mujeres debemos cuidarnos de no perder el control", dijo Julia entre susurros, y cuando esa boca me habló sólo a mí, a oscuras, acabó por hechizarme completamente.

¡Qué claridad de ideas, qué convicciones, qué disciplina...! El comentario me absorbió como si fuera lo más mágico que hubiese escuchado jamás. Sólo los varones bebían, y las mujeres trataban de mantener las buenas maneras.

A partir de entonces, todo sucedió muy rápido. Lo único que puedo decir con seguridad es que me sentí halagado por su compañía y su complicidad tan fina, y verdaderamente confiado y privilegiado de estar a su lado de esa manera tan íntima. Sólo me preocupé cuando las luces se fueron, y de pronto la perdí de vista. No estaba en ninguna parte, no podía verla debido a la oscuridad absoluta que reinaba en el cuarto.

Pero entonces una vela se encendió en la penumbra, y la sentí. Ella me abrazó por la espalda, me acarició la camisa y me rodeó hasta pararse frente a mí. Yo no podía dejar de mirar sus labios rojos gracias a alguna intuición sobrenatural: tan rojos, tan voluptuosos, que me invitaban a la locura. ¡La depravación, el delito, el descontrol, la lujuria, todos esos sentimientos podían traducirse en esa parte de su cuerpo! La observaba sin percibir otra realidad más que su vivo color, absolutamente dispuesto a entregármeme, cuando volví a oír la voz que esos labios prohibidos guardaban. Julia me dijo que cerrara los ojos, y así lo hice, sin preguntar nada, sin siquiera sospechar de la situación; fui obediente, fui su esclavo...

Y recibí su beso. Un beso que comenzó tierno y tímido hasta convertirse en fuego, ardor, delirio, efervescencia, violencia, y por último morbosidad pura. Yo no quería alejarme de esa boca desde hacía varios meses, me sentí deliciosamente ahogado, y mi amada me retuvo con una fuerza descomunal a la que yo no podía resistirme: el deseo carnal de un hombre común y solitario que durante tanto tiempo había soñado con enfrentarse al verdadero amor.

Fue cuando me dejó libre por unos instantes que este hechizo pareció detenerse: por alguna razón, supe que tenía la oportunidad de decidir si dejarme llevar por su carisma o escapar despavorido. Julia esperó, pero tardé tanto en aclarar mis ideas, confundido por su reciente muestra de cariño, que perdí mi único y breve momento de libre albedrío. Sólo antes del final me arrepentí de no haber huido cuando pude. Para cuando logré

descubrir cuáles eran los propósitos de mi bella, ella ya estaba sobre mí otra vez, y me estaba sosteniendo con la misma fuerza de antes, esa que parecía provenir de un lugar oscuro y oculto.

Yo me estaba desmayando. Algo había en ese vino que ella me había dado...

Quedé mareado y con pocas fuerzas, y ella aprovechó mi lamentable estado para arrojarme sobre la cama, cuidándose de mantener todo en el mayor silencio posible. Caí entre visiones que alternaban la diversión y el horror del extraño afecto que me estaba expresando. Sin embargo, tuve la conciencia suficiente como para percibir que ella extraía de un pliegue de su vestido un cuchillo que había mantenido escondido, que lo aproximaba a mi pecho del lado izquierdo, que desgarraba la camisa, y que me cortaba un trozo de piel. No sentí el dolor; itan fuerte había sido lo que me había puesto en la bebida!

Sin desperdiciar un instante, Julia se apartó para sacar una cuchara y un recipiente pequeño de su tocador... Trajo de nuevo el cuchillo consigo hasta donde yo estaba y me lo hundió sobre la herida que me había hecho previamente. Sentí cómo la punta, demasiado afilada, me abría tejidos y separaba huesos, hasta alcanzar el corazón... Empecé a ver cómo se me sangraba, y cómo ella extraía de adentro mío algunas cucharadas de sangre. Era una visión espantosa, y yo no podía gritar para pedir ayuda... La voz se me había ido, y me ahogaba de verdad esta vez...

Supe que ella había sido la asesina de los tres hombres, y quién sabe de cuántos más. Era como si todo se me revelara en mis últimos momentos, como si pudiera ver al hombre de negocios, a Alfred y a John, en el mismo cuarto y en la misma cama, mientras Julia les hacía las mismas cosas que me estaba haciendo a mí.

Y sentí que todas las mujeres de su familia habían hecho lo mismo, generación tras generación: habían hecho uso de sus bocas tentadoras y diabólicas para conquistar a los pretendientes que les gustaban para luego asesinarlos. Claro que incluso los que elegían para que ocuparan el lugar de marido perecían de la misma manera luego de darles al menos una hija más. El objetivo consistía en algo simple y profundamente complicado a la vez: coleccionar para siempre amores latentes, esos con los que todas esas damas estaban obsesionadas, sólo para satisfacer su propio y fascinante ego.

Y esto ahora parecía lo más natural y evidente del universo, ahora que veía a Julia observar mi desangramiento sin inmutarse y poner cada cucharada de mí líquido interno en el recipiente que había sacado hacía unos segundos. Noté que ella retrocedía para tomar un pincel diminuto del tocador, y de paso se acomodaba el cabello, se empolvaba la nariz y se pintaba los labios con mi sangre. ¡Porque esto lo había vivido miles de



veces ya!

¡Cómo se fracturó mi alma al ver esa escena, de tan repugnante ensueño!  
¡Cómo se culpó mi ser por no haber notado antes el oscuro propósito! Las razones, las explicaciones y las advertencias habían estado ahí, frente a los ojos del mundo, pero ni yo ni ningún otro ser que hubiese caído rendido ante Julia quería conocer la verdad. Ella nos seducía a todos por igual: si no provocaba atracción pura, generaba simpatía y admiración...

Y mientras yo agonizaba, me hacía una pregunta mucho más sincera que la que no había podido responder al principio acerca de las damas en general. ¿Por qué los hombres no pueden resistirse a la Muerte cuando tiene forma de mujer?! Cuando hice mis últimos esfuerzos por vivir, entorné la mirada y pude ver que varias personas abrían la puerta: mi madre había venido a buscarme, y después de haber visto cómo me atacaban, sigilosamente había intentado buscar ayuda. Sin embargo, se había encontrado con el obstáculo de los parientes de mi querida: la familia de mujeres que allí vivían la escoltaban con una gran sonrisa macabra en el rostro, en silencio como en una noble procesión, como si aquello fuese simplemente parte del juego en el que eran expertas, y fueran a dejarla marcharse. Lo único positivo era que al menos sabían demostrar algo de respeto ante el horrible final que se me avecinaba.

Di mi último respiro y sólo contemplé la escena que me acompañaría en mi último minuto: la imagen de Julia, sonriendo, con el pincel en la mano y decorando sus labios con mi sangre, exclamando un victorioso "tu corazón es mío" mientras encandilaba con su risa mi camino al Infierno el colosal tono de *la boca carmesí*.

**FIN**